

Mariátegui, un clásico revitalizado / Cecilia Monteagudo

La aventura de Mariátegui: nuevas perspectivas

Gonzalo Portocarrero y Rafael Tapia, editores

Pontificia Universidad Católica del Perú

Lima, 1995, 592 páginas

Siendo el campo actual de mi investigación el surgimiento de la reflexión epistemológica en torno a las ciencias humanas y la valoración de la subjetividad en el conocimiento que llevan a cabo, resultó muy estimulante para mí asistir a las sucesivas celebraciones que se dieron en la Facultad de Ciencias Sociales el año 94. En este contexto —que coincide con el centenario del nacimiento de Mariátegui— se inscribe, como sabemos, el evento que dio lugar al libro que hoy presentamos. Estoy segura de que la mayor parte de los asistentes a las diferentes mesas redondas, agradecen a los editores el que hoy contemos con un volumen que agrupa todas las ponencias y que ha logrado en el conjunto del texto escrito, preservar la atmósfera de pluralidad y vitalidad contagiante que se vivió en esos días.

De hecho, el paso de ser una despreocupada oyente que aún conservaba el recuerdo de algunas ponencias que fueron particularmente sugerentes, a ser luego parte de los presentadores, ha resultado de alguna manera desafiante para mí. Sin embargo, creo que el propio libro ha salido en mi ayuda y puedo ubicarme cómodamente entre los «nuevos lectores» de los que habla y a los que alienta *Narda Henríquez* en su texto (pp. 532-533). Lectores

que indudablemente se ven animados por la relectura de la obra de Mariátegui que ofrecen los diversos artículos de este libro.

En relación con lo anterior, la circunstancia de no acreditar ningún aporte personal al estudio de este autor juega a mi favor y me excusa de la obligación de presentar un punto de vista especializado sobre los méritos que exhiben los diferentes artículos del libro. Mi acercamiento a esta obra ha sido el de una «lectora interesada», en el sentido hermenéutico de la palabra, es decir, alguien que lee desde un ámbito de preocupaciones, de expectativas y compromisos intelectuales.

Por lo dicho, me voy a permitir algunos comentarios, fundamentalmente sobre el tipo de tratamiento que se ha dado a la vida y obra de Mariátegui en este compendio de artículos. Hablo de tratamiento porque, a pesar de la cantidad y diversidad de exposiciones, se pueden destacar rasgos comunes que justifican la consolidación de una relectura de la obra de Mariátegui *ad portas* del fin de siglo. Espero que estos comentarios no resulten muy dispersos, pues creo que la riqueza del texto quedaría encubierta en una visión simplemente homogenizadora que no he pretendido desarrollar.

Gonzalo Portocarrero nos invita en el prólogo a “leer a Mariátegui desde las inquietudes de nuestra época, persuadido de que ello puede ayudarnos a fundamentar nuevos entusiasmos”. De esta manera nos llama a una lectura que debe asumir previamente su historicidad, lo que significa un compromiso al mismo tiempo con el presente y con la historia.

El libro nos ofrece en relación a este punto, ejemplos notables de esta práctica hermenéutica, donde como diría el viejo Dilthey —precursor de la hermenéutica contemporánea— «Son precisamente estas nuevas interpretaciones sobre hechos o personajes significativos de nuestra historia, las que contribuyen a seguirla edificando. De otro lado, con esta práctica, ellas nos reafirman en una perspectiva teleológica de la vida, donde el hombre se afirma fundamentalmente como proyecto y donde imaginar, pensar y hacer un mundo distinto sigue teniendo sentido». A este respecto, merecen destacarse entre otros los artículos de Zenón de Paz Toledo y J. Klaiber. En afinidad con los anteriores, Gustavo Gutiérrez consigue en el suyo persuadirnos que la aventura de Mariátegui es de muchas maneras también la nuestra.

En un estudio introductorio sobre el tema de la subjetividad en las ciencias humanas desde

la perspectiva de la hermenéutica de W. Dilthey y la fenomenología de Husserl mencioné de manera muy tangencial una referencia a la historiografía peruana¹. En ella sugería la necesidad de investigar las conexiones entre experiencias de vida, decisiones teóricas y práctica histórica².

La vida y obra de Mariátegui resulta un ejemplo ilustrativo de las conexiones antes sugeridas. El libro en sus seis partes nos muestra la manera como ellas se explicitaron en una vida que compensó con intensidad y fecundidad un curso vital limitado e incomprensiblemente trunco.

No pocos artículos abordan las tensiones que dominaron la vida de Mariátegui y que explican sus decisiones teóricas y la práctica histórica ligada a ellas. El artículo de Carlos Iván Degregori «Mariátegui en la década de 1990» se refiere a ellas como «tensiones creativas que parecieran trazar puentes allí donde ahora parece imposible tenderlos» (pp. 537).

Lo interesante en este viaje a la subjetividad y al contexto cultural de Mariátegui ofrecido por estos textos, es que en casi todos ellos hay una presentación no solamente positiva sino al mismo tiempo íntima de estas tensiones. Algunos autores las definen como aquellas que hay entre su espíritu de aventura y la apuesta por la autenticidad, entre su sensibilidad estética y su reflexión y práctica

¹ Esta referencia está motivada por un texto de A. Flores Galindo: «Imagen y espejo en la historiografía peruana 1910-1986». En: *Márgenes*. Revista semestral. Lima, año II, N° 4 1988. pp. 55-84.

² Monteagudo C.: *La subjetividad en las ciencias humanas*. Lima: Cuadernos de Investigación. Instituto Riva-Agüero, PUC, 1994.

ética, entre sus desgarramientos y su creatividad, entre la exploración personal que no abandona nunca y su compromiso político y en último término entre su razón y la pasión por la vida que mantuvo hasta el final. Casi podríamos decir que el libro está dedicado a explicitar estas tensiones, y de este modo parece descubrirnos también a nosotros mismos. El artículo de Romeo Grompone «Vigencia de Mariátegui» ilustra de manera muy fresca esta idea, al concluir su texto afirmando: «En Mariátegui encuentro la sensación que está volviendo a nosotros después de haber descubierto lo esencial por la inteligencia, por la sensibilidad y el sufrimiento... Es bueno encontrarlo familiar y cercano». (p. 568).

De todo esto resulta curioso, y por lo demás indicativo, que en este libro la universalidad y vigencia de Mariátegui se vean precisamente reforzadas por la explicitación del complejo mundo interior que está en la base de su trabajo intelectual y sus propuestas políticas. Este énfasis en la cultura y la subjetividad, como se indica en el prólogo, definitivamente lo vuelve más humano y contemporáneo. El libro, en esta perspectiva, nos convence de la continuidad en el curso de su vida de una serie de tendencias que se van redefiniendo al paso de sus experiencias. Notables a este respecto son los artículos de Javier Mariátegui, Gonzalo Portocarrero, A. Ruiz, Carmen María Pinilla y R. Tapia y W. Stein.

De otro lado, merece destacarse la conciliación que el libro

ofrece entre afirmaciones como las de Augusto Castro, interesadas en mostrar a Mariátegui no sólo como el fundador del socialismo sino también como defensor de la *causa de la belleza* (p. 179), con otras como las de Denis Sulmont, Alberto Adrianzén, Eduardo Cáceres y particularmente las de Carmen Rosa Balbi, quien nos recuerda la irrenunciable militancia del Amauta en la modernidad con cara socialista, así como su compromiso con aquellas dimensiones del ser humano consideradas irracionales, a las que buscó incluir en su proyecto político (pp. 569-588).

También en relación con lo anterior, se hallan los artículos dedicados a aspectos puntuales de esa mirada integral que dio Mariátegui a la realidad peruana. Me refiero a los temas de religión, educación, indigenismo y el problema del indio, política, economía agraria y cultura. En todos ellos se destaca su vigencia en relación con las dotes hermenéuticas que ejerció, la confesada provisionalidad de sus planteamientos y, en suma, con el dinamismo de su intensa creatividad.

De este modo, Mariátegui desfila a lo largo del conjunto del texto como un militante de prácticas hoy tan apreciadas en nuestra "escena contemporánea". Así, al destacar su ejercicio interdisciplinario, su diálogo con la sin razón, la manera como asume la historicidad del pensamiento y la realidad, la afirmación de su individualidad en medio del compromiso político, el libro tiene el mérito de presentarlo como

un tema que nos sigue convocando y sobre todo que nos reúne más de lo que nos separa.

Vale la pena, sin embargo, recordar de qué manera Mariátegui, en tanto tema nacional, ha recibido apropiaciones tan diversas que incluso resultarían muy ajenas a las que el libro nos ofrece. Entre otros autores, Nelson Manrique en la introducción a su artículo "Mariátegui y el problema de las razas" aborda esta problemática, advirtiéndonos contra los riesgos de alienación y anacronismo que subsisten como posibilidad en toda interpretación (443-444). Vencerlos es precisamente uno de los retos hermenéuticos más importantes y que el autor se propone afrontar en su artículo.

En relación con todas las observaciones anteriores, me permito una última reflexión motivada por la lectura de la sexta parte del libro, "Mariátegui desde nuestra época", y en particular por el interesante ensayo que escriben en conjunto D. Del Castillo y Sandro Venturo, "Sobre cultura política y horizontes culturales". Se nos propone asumir a Mariátegui como una mediación para pensarnos a nosotros mismos, y como tal, su pensamiento es

presentado bajo la figura de lo clásico. Lo clásico aquí no deja de tener una cierta acepción normativa o ejemplar, pero fundamentalmente irrumpe como categoría histórica.

Como lo afirma Gadamer, en su obra *Verdad y método* al abordar la historicidad de la comprensión, «es clásico lo que se mantiene frente a la crítica histórica porque su dominio histórico, el poder vinculante de su validez transmitida y conservada va por delante de toda reflexión histórica y se mantiene en medio de ésta»³.

De este modo, estos artículos nos recuerdan que asumir la historicidad no significa sólo aceptar la relatividad de todo lo histórico, sino también permitir la irrupción de estos momentos ejemplares en el presente. En ese sentido, lo clásico aparece como una mediación vital, decisiva para la construcción de nuevos horizontes culturales y, asimismo, como una mediación de gran rendimiento para el proceso hermenéutico que llevan a cabo las ciencias sociales en el presente. El pensamiento de Mariátegui como una obra clásica del pensamiento peruano ha quedado sin duda revitalizado en este libro.

³ Gadamer, H. G.: *Verdad y Método*. Salamanca: Ediciones Sigueme, 1977, p. 356.